

6 febrero, 1920

(Recogido en "De esto y de aquello",
tomo IV)



EDUCACIÓN É INSTRUCCIÓN

BUENO; aquí la instrucción se supedita á la educación — me dijo.

Y yo, al oírlo, torcí el gesto, cosa que no pudo escapársele.

—¿Qué? — añadió —. ¿Es que usted no cree que el fin principal de la escuela, de una escuela siquiera, es educar y no instruir?

—No — lo repliqué —; es que creo que lo que educa es la instrucción; que no hay nada más educativo que la verdad, y la verdad por la verdad misma; que la investigación de la verdad pura, y sean cuales fueren las consecuencias de ésta, es lo que educa más y mejor al hombre, lo que le hace más perfecto ciudadano; es que creo que la suprema y más acabada disciplina es la de la verdad. Hay gentes que si estuvieran de veras instruidas, es decir, de veras bien educadas, de veras bien disciplinadas, no torcerían la verdad, no amañarían en un tribunal, pongo por caso, resáltandofalsos, desechando pruebas ó inventándolas, ni aun para salvar cualquier prestigio que fuera, ni aun para salvar, según ellos entienden, la Patria.

—Pero ¡hombre! — exclamó.

Y yo agregué:

—Sí, señor mío, sí. Si los energúmenos de la ortodoxia profesional del patriotismo miliciano francés que suscitaron aquella purificadora guerra civil, que fué en la República francesa el famosísimo *affaire Dreyfuss*; si aquellos energúmenos hubieran sido hombres de ciencia, de verdadera ciencia, hombres de veras instruidos, hombres que pusieran el respeto á la verdad objetiva por encima de todo otro respeto, habrían creído que ni para evitar que Alemania destruyera á Francia y la borrara como nación independiente era lícito sostener mentiras como las sostuvieron. Su falta de instrucción verdadera, su pésima educación y esa monstruosidad que algunos llaman la religión del honor, y que de honor tiene poco ó nada, y de religión menos aún, eso fué lo que les llevó á sus bárbaros procedimientos.

—¿Bárbaros?

—Bárbaros, sí. Bárbaros de la barbarie de aquellas hordas militarmente jerarquizadas que invadieron el Imperio Romano; bárbaros con la barbarie de un Teodorico, acaso de un Atila ó de un Gengiscán.

—Pero ¿es que no salvaron ellos la civilización?

—No, sino que se salvaron luego civilizándose. Y sobre todo, cuando en el Renacimiento aprendieron el respeto á la ciencia.

—Pero ¿por qué mete usted á la ciencia y á la instrucción en este fregado?

—Las meto porque lo más de lo que está pasando ahora aquí, y á que usted y yo estamos aludiendo, sin mencionarlo expresamente, se debe á falta de instrucción y hasta á deficiencia intelectual—por torpe cultivo de la mente—de los actores del drama. O tragicomedia ó sainete, si usted quiere. ¿Usted cree, v. gr., que es educativo, que es disciplinario, enseñar Historia de España para encender el patriotismo ortodoxo y declamar sobre las llama-

das glorias nacionales? ¿No cree usted que es más educativo, mucho más educativo, enseñarla como quien enseña Química? Y al enseñar Química, nadie se indigna contra el ácido prúsico, ni canta las excelencias del platino, ni se pone á comparar los méritos del sodio y del potasio, ni otras mentecadas por el estilo.

—Pues, ¿es que al enseñar Historia se hace algo de eso?

—Sí, señor; y al enseñar otras cosas. Se inculca dogmas, no se enseña principios. Y se doforma sistemáticamente la inteligencia. Un discurso patriótico, lo que se llama así, es, de ordinario, un lamentable alegato de abogado. En un tiempo se inventaba hasta milagros y portentos.

—Pero es que hay que obrar sobre el sentimiento...

—Con la razón y la verdad, y no más. Embriagar á los pobres soldados antes de lanzarlos al combate es una villanía, porque un hombre embriagado no es un hombre libre. Y no sólo se le embriaga á un hombre con alcohol. Y si es villanía embriagar á un soldado para lanzarle al combate, es más que villanía, es la más perversa bellaquería trastornarle el juicio á uno que ha de juzgar. Y acaso imbuirle los principios diabólicos con que Caifás, el sacerdote que más se ha cuidado del prestigio de la autoridad, condenó al Cristo. Y que fueron los principios mismos con que luego se condenó á Dreyfuss en Francia y á tantos otros en otras partes. Es el principio bárbaro, inhumano é injusto de *salus populi*, entendida la salud y entendido el pueblo como lo entienden los curanderes del patriotismo á sueldo. Y luego lo de la terrible cuarteta...

—¿Cuál?

—La que dice: «Procure siempre acercarla—el honrado y principal;—pero si la acierta mal,—defenderla y no enmendarla.» Este principio es el pedestal del prestigio de la autoridad. La autoridad no se equivoca; el Poder público no confiesa jamás sus yerros. Es más: ni es posible siquiera que un agente ejecutivo haya obrado alguna vez en un ataque de epilepsia y haya que ponerle en cura. La infalibilidad del ejecutor de la supuesta justicia se eleva á dogma.

—¿En resumidas cuentas...?

—En resumidas cuentas: que esto todo procede de mala educación social y civil, y que esa mala educación proviene de falta de instrucción. Porque no es instruirse eso que se llama hacer la instrucción, es decir, ejercitarse en prácticas rituales y litúrgicas cuyo contenido espiritual, cuando le tengan, no se ha contrastado en la piedra de toque de la verdad objetiva. Menos *instrucción* de esa, de la que se hace ritualmente, y más instrucción de verdad. Mientras no se discuta á la Patria el patriotismo, no será más que superstición. Nada más terrible que la fe del carbonero aplicada al orden civil. Y la obediencia ciega podrá hacer verdugos, pero no puede hacer jueces.

Miguel de Unamuno

